

is the utility of characterizing indigenous societies as “stone age.” Ultimately Pasztory argues that indigenous Americans made different choices from those made by human beings elsewhere in the world, privileging social engineering over technological advances. She employs a certain relativism, observing that circumstances created distinct realities to which societies responded. Still, the usefulness of labels such as “stone age” and “bronze age”—implying that there exists some universal, predictable course of technological development that aligns with levels of civilization—will ultimately elude the reader. Much of the comparative material between the so-called Old World and New, using labels that themselves seem to endorse European perspectives, seems old-fashioned. Yet Pasztory herself is aware that much of indigenous American history is, to the detriment of good scholarship, driven by questions of lack: why Indians did not develop one thing or another that Europeans consider(ed) indispensable, such as alphabetic writing, the wheel, and so on. In some of the most interesting passages, Pasztory turns the tables, wondering why Europe lacked some of the things and ideas that indigenous Americans value(d): the concept of cyclical time, extraordinary horticultural diversity, an “affection” for stone, a passion for intellectual games, and a reticence to embrace portraiture, among others. In contrast to popular thinking about precolumbian societies, Pasztory opines that most were more peaceful than not, with warfare engaged in sparingly or ritually as a means to renegotiate relationships or affirm bonds between communities. Reminding us of the misleading nature of much imagery, she points out that widespread depictions of warfare in art of the precolumbian era do not, in fact, mirror historical reality.

In this second section Pasztory does not shy away from controversial positions, foremost among them the suggestion that Maya glyphic writing was not sui generis, but rather is derived from Chinese writing, which she opines derives from Sumerian cuneiform (pp. 230–231). Readers will also find a provocative discussion of the ways many scholars (including herself) are able to study the American past “without the benefit of knowing Indians personally”; Pasztory advances the notion that indigenous people in the present must negotiate the “Indian past and the modern present” as though Indian identity belongs in history (p. 155). Nevertheless, and despite my reservations, this section is well worth reading in spite of—or maybe precisely because of—the fact that many of her ideas go against the grain. Even in disagreement, Pasztory presses the point that scholars must think through their positions and never adopt conventional

wisdom without question. As she indicates, this section contains “a lifetime of ideas and hunches” and is intended to be challenging and constructive (p. 153). In this, Pasztory succeeds unambiguously.

The third section is titled “The Maya Vase”: it presents the fictional story of an archaeology graduate student who, while conducting dissertation research on the Classic period Maya city of Tikal, also begins to write a novel about a Mesoamerican princess. The student falls into her own text, becoming the princess; she marries a ruler of Tikal and is widowed before being summoned back to the present, where she investigates a murder involving departmental politics, crumbling romantic relationships, and a looted Maya vase. Many who study distant history will identify with the desire to visit the past. How many of us have fancied the idea of being sent back in time to witness firsthand the history we study, to be participant-observers in Maya ritual, to have an Inka *kipukamayuc* show us all the ways his knotted cords functioned, or to interview the painters of Cacaxtla’s murals? Pasztory’s tale is an entertaining romp across time, intertwining academic intrigue with the black market in stolen artworks. The heroine is a refugee in the past and among the Maya. Not unlike Pasztory, the Hungarian refugee, she finds herself comfortable in her new home, learning about it from the inside, but she is also always a newcomer in a very old, new world.

Throughout the book, Pasztory presents her audience with a highly readable text, written with wit and discernment. All who read *Exile Space* will be encouraged to think about the deep American past, a time before Columbus, before the Mayflower, and before borders were set up to divide colloquial “America” from the rest of America, in the fullest sense of the word.

Technology and Tradition in Mesoamerica after the Spanish Invasion: Archaeological Perspectives. RANI T. ALEXANDER, editor. 2019. University of New Mexico Press, Albuquerque. x + 296 páginas, 5 dibujos, 36 fotografías, 3 figuras, 31 mapas, 8 gráficos, 28 tablas. \$85.00 (pasta dura), ISBN 978-0-8263-6015-1.

Reseñados por Juan García Targa, Colaborador del Servicio de Patrimonio Arquitectónico de la Diputación de Barcelona

El libro está repartido en doce capítulos más un apartado de referencias bibliográficas conjuntas, un breve perfil de los colaboradores y un índice. Es una excelente publicación, tanto por el perfil de los

colaboradores como por los contenidos de sus aportaciones y la calidad del libro a nivel de edición.

A lo largo de estos capítulos se ha conseguido llevar a cabo una reflexión sobre la relevancia de la tecnología como motor cultural, social y económico desde el siglo dieciséis en adelante. Se ha conseguido con creces superar la descripción pura de los trabajos de campo que se desarrollan en los proyectos para dotar a esa información de un sentido histórico que penetre en las realidades del momento de contacto entre la población indígena mesoamericana y los invasores españoles.

Es de destacar que se ha considerado como tecnología no únicamente los aspectos mecánicos y técnicos en tanto que inciden en la introducción de herramientas o máquinas, sino también la introducción de nuevas especies animales y la gestión que de esa nueva realidad se llevó a cabo y cómo incidió en aspectos sociales, económicos e ideológicos.

Menciona Alexander en su capítulo introductorio cómo la tecnología y los avances que esta supone inciden en otros muchos aspectos relevantes de la realidad de los contextos coloniales: los mercados y el control de precios por parte de las autoridades, los sistemas de transporte, la aplicación de los sistemas hidráulicos de tradición romana y árabe, la introducción del hierro, etc. Todos estos cambios, fruto de una mayor tecnificación en la vida cotidiana, suponen también un nuevo diálogo entre las personas y los objetos que tienen en su entorno, y el cambio de coyuntura también supone un aspecto más del proceso de mestizaje cultural que se inicia poco después de la conquista militar y que va cambiando y adaptándose a las nuevas realidades a lo largo de todo el período colonial.

Los estudios de caso tratan ámbitos geográficos, cronológicos y culturales muy diversos. Se hace mención al desigual ritmo de adaptación de esos cambios en los diferentes entornos, en función de las potencialidades económicas en cada caso, y también se contempla una resistencia en algunos ámbitos locales a romper con el uso y las tradiciones asociadas a la realidad material mesoamericana.

Se profundiza en la potencialidad económica de cada región antes de la llegada de los españoles y cómo la industrialización incide en la mejora de las producciones de cacao, huertas y frutales, henequén, caña de azúcar y añil, entre otros.

En los trabajos de Alejandro Pastrana, Patricia Fournier García, William J. Parry y Cynthia L. Otis Charlton se analiza la pervivencia de la explotación y el uso de la obsidiana dado el elevado costo de las herramientas metálicas. No obstante, las formas de extracción cambian, fruto de la introducción de algunas mejoras tecnológicas. Los autores

profundizan en el estudio de los cambios en las producciones cerámicas y el control que las nuevas autoridades ejercieron sobre esas producciones y su comercialización.

Es particularmente interesante el artículo de Krista L. Eschbach sobre los trabajos arqueológicos en Veracruz, en el que se aborda la presencia de los diferentes grupos étnicos (tonacos y otros grupos indígenas, africanos y españoles) en estos asentamientos portuarios, pormenorizando aspectos desde la perspectiva tecnológica, estética, iconográfica y de reminiscencias en cada uno de los casos. Se discuten las implicaciones de las explotaciones de caña de azúcar y el uso y abuso sobre la mano de obra esclava negra y mestiza.

Hay colaboraciones estrictamente arqueológicas, como el trabajo de Stacie M. King y Elizabeth Konwest en Oaxaca, quienes analizan el uso y reutilización de algunas piezas metálicas de hierro como prueba evidente de la importancia de estas herramientas en la vida cotidiana y también como marcadores sociales.

El trabajo de Mario A. Castillo y Janine Gasco es de gran interés dado que analiza el vínculo entre tecnología, innovación y construcción cultural, haciéndose mención también a la presión demográfica y deforestación desde la conquista hasta la actualidad, proceso extrapolable a otros muchos contextos culturales y cronológicos.

El análisis de la incorporación tecnológica a los recursos hídricos de los espacios rurales del estado de Yucatán por Alexander y Nina Williams es muy relevante dado que analiza cómo la generalización de las norias incide directamente en la producción de azúcar, cítricos y henequén, con algunos estudios de caso en el ámbito rural con sus implicaciones sociales.

La aportación de Héctor Hernández Álvarez sobre la tecnología y su aplicación a la explotación del henequén introduce términos que definen perfectamente un período de gran efervescencia económica del estado de Yucatán, entre la segunda mitad del siglo diecinueve y el primer cuarto del siglo veinte, pero que está asociado a toda una serie de aspectos documentados a través del registro arqueológico. Esos términos, que están presentes en la bibliografía y en estudios de caso como el de San Pedro Cholul, serían: desigualdad, dominación, explotación, violencia, trabajo forzado, desigualdad ecológica o alienación religiosa.

Aunque el sitio de Lamanai es ampliamente conocido, menos conocida es la presencia de plantaciones de caña de azúcar de la segunda mitad del siglo diecinueve. Tracie Mayfield, Elizabeth Graham y David Pendergast inciden en aspectos de relevancia social como la ingente mano de obra necesaria para su desarrollo, las relaciones que se generan con los propietarios y la aplicación de la tecnología. El análisis de la

cerámica es fundamental para entender los diferentes espacios excavados en el sitio. Igualmente, desiguales porcentajes de restos óseos de animales y materiales de importación ayudan a entender el funcionamiento del lugar durante ese período.

Los dos últimos artículos tienen como zona de estudio El Salvador, aunque desde perspectivas diferentes. En el primero, Kathryn E. Sampeck analiza el añil como producto explotado tradicionalmente por la población indígena, llevando a cabo un análisis técnico y tecnológico de esa tradición ancestral y sus cambios durante los siglos diecisiete y dieciocho, que son analizados para la zona de Izcalcos a través de los trabajos de campo desarrollados en dos asentamientos. Destaca el estudio de las referencias legales a las condiciones de trabajo, los altos índices de toxicidad y el uso de mano de obra afroamericana y afromezitza que se generaliza progresivamente.

En el segundo, Jeb Card y William R. Fowler responden a un perfil de estudio de materiales y los cambios cerámicos que se documentan en los centros productores, los rasgos de la arquitectura con la introducción de la teja para los tejados y las pervivencias locales dentro de los conjuntos recuperados. Igualmente se menciona, como en otros casos, la escasa y muy lenta introducción de los elementos metálicos, siendo vigente la tecnología lítica. El capítulo final es un comentario por Anthony P. Andrews.

El libro es un referente fundamental para el estudio de la cultura material durante la colonia, tanto por las reflexiones generales como por el acercamiento a la realidad de cada uno de los espacios analizados. Ese trascender de lo material y analizar la vertiente social lo transforma en fundamental para los estudios de arqueología histórica en el contexto mesoamericano, tanto por la calidad de los autores como por el esfuerzo de síntesis y reflexión que se ha llevado a cabo.

Powerful Places in the Ancient Andes. JUSTIN JENNINGS and EDWARD R. SWENSON, editors. 2018. University of New Mexico Press, Albuquerque. x + 446 pp. \$85.00 (hardcover), ISBN 978-0-8263-5994-0.

Reviewed by Donna J. Nash, University of North Carolina, Greensboro

The remains of monumental mounds and the skeletons of large-scale irrigation systems, which transformed vast swaths of coastal and highland terrain, have captured the interests of Andean archaeologists asking an array of questions for more than 50 years. Justin

Jennings and Edward S. Swenson's edited volume *Powerful Places in the Ancient Andes* critiques these earlier efforts and asserts an ontological vocabulary on studies of the built environment and the animated Andean topography. Many contributors adopt ideas and nomenclature from Lefebvre's *The Production of Space*, and several emphasize the importance of circulations between human and nonhuman as essential acts that vitalize both parties. The introductory chapter is a lengthy critique of previous interpretations of space and place and outlines concepts that contribute to an ontological engagement with Andean architectural artifacts. Authors of other chapters offer a wide array of approaches and consider the animacy of built and telluric entities.

In a seeming contradiction, Peter Gose opposes projecting the ontology of the power of animate mountain *apu* of today's Andean communities onto the prehispanic past. Based on written records, he contends that the Inka held ancestors to be the far more powerful source of animating power and that this lifeforce was shifted to indestructible landscape entities only during the eighteenth century. The archaeologists largely ignored his admonitions and detailed the many material markers of the perceived power of mountains in pre-Inka polities. As Swenson and Jennings argue, evidentiary constraints (à la Allison Wylie, *American Antiquity*, 1992) should filter out false impositions of ethnographic analogy onto the past. I would add that as Andean researchers embrace the "ontological turn" they should heed Gose's general warning that a dramatic *pachacuti* separates current communities from their archaeological forbearers: they should follow Mary Weismantel's lead, and "slow down their thinking" (p. 177) so that the evidence can catch up.

Weismantel's chapter uses archaeological evidence, ethnohistory, and ethnography to consider ontologies of water, which is not technically a place, but is appropriate when looking for powerful animates in the Andean past. She uses passages from the Huarochiri manuscript to underscore the ways in which communities may have interacted with mutable *wak'a* (*huaca*). Because of their desire to form relationships with people, *wak'a* appeared in the form of human bodies, but they could also manifest as storms, rain, or waves. Water was both essential for crops and destructive when floods destroyed canals and fields. Likewise, *wak'a* were cast in the role of affines—unpredictable, possibly dangerous, but necessary. She compares the shape-shifting nature of *wak'a* in the Huarochiri manuscript to the many guises of the decapitator on Moche media. Weismantel suggests that Andean ontologies may have accommodated the